YO ERA CIEGO

DescripciÃ³n

Dicen que cuando a una persona le falla uno de los sentidos consigue desarrollar mucho los otros y llega prÃ¡cticamente a suplir la ausenciaâ?¦y asÃ, el sordo desarrolla el tacto. Por ejemplo: Beethoven reconocÃa las notas musicales por las vibraciones en el piano.

El ciego desarrolla tambiÃ©n el sentido del oÃdo,Â se ubica espacialmente sin ver nada. Sentado escucha, identifica la cantidad de gente, su forma de andar, las conversaciones que llevan, del Ã¡nimo que manifiesta el tono de voz.

BUSCA, GRITA E INSISTE

Pues el tumulto era grande, Bartimeo, acostumbrado a oÃr el paso de las caravanas de peregrinos y comerciantes que subÃan a JerusalÃ©n, no recordaba una cosa parecida.Â Y comenta San JosemarÃa que

â??***Al oÃr aquel gran rumor de la gente que pasaba, preguntÃ³: Â¿quÃ© es eso? Y cuando le dijeron: JesÃºs de Nazaret, se le encendiÃ³ tanto el corazÃ³n en la fe de Cristo, que gritÃ³:*** **Iesu, fili David, miserere mei (Marc X, 47).** ***Â¡JesÃºs, hijo de David, ten compasiÃ³n de mÃ!â??***

(San JosemarÃa, MeditaciÃ³n, 12-X-1947)

Â¡TenÃa que gritar!

Pensemos en el traqueteo del dÃa a dÃa, una cosa detrÃ¡s de otra, hacer y hacer y vemos: vallas de publicidad, un carro que se atraviesa, el trabajo que tenemos delanteâ?¦ ImÃ¡genes por fuera que se suceden unas a otras y las pantallas, y nos damos cuenta que a veces eso nos ciega, nos impide ver lo esencial, o nos impide detenernos con calma a rezar, a ver a JesÃºs que pasa. TÃº y yo somos Bartimeo.

Y SAN JOSEMARIA NOS PREGUNTA:

â??***Hijo mÃo, Â¿no te dan ganas de gritar a ti, que estÃ¡s tambiÃ©n parado a la vera del camino, de ese camino de la vida que es tan corta; a ti, que te faltan luces; a ti, Â¿que necesitas mÃ¡s gracias para hacerte santo de verdad? Â¿No te dan ganas de clamar:*** **Iesu, fili David, miserere mei!*?â??***

(San JosemarÃa, MeditaciÃ³n, 12-X-1947)

CALLAR EL BULLICIO EXTERNO PARA ESCUCHARTE

Claro que sÃ, porque nos damos cuenta que no basta, que parece que tenemos que acallar los sentidos exteriores para oÃr a Dios y, desde allÃ, acudir a Ã?l.

Necesitamos pausa, mirar para adentroâ?¦Un parÃ³n, contigo SeÃ±or. TÃº y yo.

Este rato de oraciÃ³n entre tÃº y Diosâ?¦ *Â¡JesÃºs, hijo de David, ten compasiÃ³n de mÃ!Â* Queremos hacer mÃ¡s intensa nuestra oraciÃ³n, para que el SeÃ±or tenga piedad y misericordia de nosotros.

JESUS NOS OYE

JesÃºs, aunque parece que sigue su camino, nos oye. No estÃ¡ lejos. De todos modos, es posible que nos suceda lo que a Bartimeo: *LosÂ que iban delante le reprendÃan para que se callara*.

El ciego encontraba cada vez mÃ¡s dificultades para dirigirse a JesÃºs, como nosotros

â??Cuando queremos volver a Dios, esas mismas flaquezas en las que hemos incurrido, acuden al corazÃ³n, nublan el entendimiento, dejan confuso el Ã¡nimo y querrÃan apagar la voz de nuestras oracionesâ??

(San Gregorio M., *HomilÃas sobre los Ev.*, I, 2, 3).

ENCUENTRO DIARIO CON JESÃ?S

No sÃ©, es el peso de la debilidad nuestra o del pecado, que se hace sentir y nos grita interiormente que no molestemos,Â o que â??no nos molestemosâ??.

Incluso puede ser la misma incomprensiÃ³n de quienes nos rodean, porque juzgan que somos unos exagerados, unos fanÃ¡ticos. Es como si no creyeran ellos y, a veces, como si no creyÃ©ramos nosotros en la fuerza de la gracia, en la necesidad de la gracia, en la posibilidad de la conversiÃ³n.

ESCENA DEL EVANGELIO

Pero JesÃºs se detuvo y mandÃ³ que se lo trajeran…Â y aquÃ te leo lo que comentaba San JosemarÃ-a que le encantaba esta escena del Evangelio:

â??***Y algunos de los mejores que le rodean, se dirigen al ciego: ea, buen Ã¡nimo, que te llama (Mc 10, 49) (â?¦)Â el SeÃ±or nos busca en cada instante: levÃ¡ntate â??nos indicaâ??, sal de tu poltronerÃa, de tu comodidad, de tus pequeÃ±os egoÃsmos, de tus problemitas sin importancia. DespÃ©gate de la tierra, que estÃ¡s ahÃ plano, chato, informe. Adquiere altura, peso y volumen y visiÃ³n sobrenatural.Â Aquel hombre,Â arrojando su capa, al instante se puso en pie y vino a Ã©l (Mc 10,50).***

Â¡Tirando su capa! No sÃ© si tÃº habrÃ¡s estado en la guerra. Hace ya muchos aÃ±os, yo pude pisar alguna vez el campo de batalla, despuÃ©s de algunas horas de haber acabado la pelea; y allÃ habÃa, abandonados por el suelo, mantas, cantimploras y macutos llenos de recuerdos de familia: cartas, fotografÃas de personas amadas…

Â¡Y no eran de los derrotados; eran de los victoriosos! Aquello, todo aquello les sobraba, para correr mÃ¡s aprisa y saltar el parapeto enemigo. Como a Bartimeo, para correr detrÃ¡s de Cristo.

No olvides que, para llegar hasta Cristo, se precisa el sacrificio; tirar todo lo que estorbe: manta, macuto, cantimplora. TÃº has de proceder igualmenteâ?¦â??

(San JosemarÃa, Amigos de Dios, n. 196)

Pues hoy nos decidimos a quitar esas cosas que estorban. Hoy mismo, en este rato de oraciÃ³n corremos hacia JesÃºs, que nos estÃ¡ llamando.Â Llegamos a su lado.

AYÃ?DAME A VER QUÃ? QUIERES QUE HAGA POR TÃ?

â??Llega Bartimeo, y *cuando lo tuvo a su lado, le preguntÃ³: Â«Â¿QuÃ© quieres que haga por ti?Â». Â«SeÃ±or, que yo vea otra vezÂ».*

***â??Domine, ut videam!* Â¡SeÃ±or, que vea!â??**

Y tÃº y yo, Â¿vemos?

Esta pequeÃ±a frase sirviÃ³ a San JosemarÃa como jaculatoria durante aÃ±os.

A ti y a mi nos puede servir tambiÃ©n:Â ***Ut videam!*** **Â¡Que vea!**

Â EL ROSTRO AMABLE DE JESÃ?S

JesÃºs te voltea a ver y te pregunta:

Â«Â¿QuÃ© quieres que haga por ti?Â» JesÃºs, que me quites la ceguera provocada por mis debilidades, la generada por mi conformismo, o por mi cortedad de mirasâ?¦ Que vea lo que TÃº quieres de mi, que no me deje enceguecer por tanta cosa que da vueltas a mi alrededor, que no deje que se me nuble la mirada ante la evidencia de mis fracasos. Â ***Â¡SeÃ±or, que vea!***

â??Y JesÃºs le dijo: Â«Recupera la vista, tu fe te ha salvadoÂ»â??.

Y se hace la luz en nuestra alma. No sÃ© si lo has pensado: Â¿quÃ© es lo primero que ve Bartimeo?

El rostro amable de JesÃºs**.** Â¡Ve a Dios que le sonrÃe! Â¡Eso no tiene precio!

Â¡SEÃ?OR, DESEO VER TU ROSTRO YO TAMBIEN! Â *Â Â*

Y, una vez visto ya no hay quien quiera dejar de verlo. Tampoco Bartimeoâ?¦:

â??En el mismo momento, el ciego recuperÃ³ la vista y siguiÃ³ a JesÃºs, glorificando a Diosâ??

.

Â¡Pues sÃ! Â¿QuÃ© mÃ¡s iba a hacer? Â¿Y quÃ© mÃ¡s podemos hacer tÃº y yo?

QUE Ã?L TE VEA Y QUE TÃ? LE VEAS

Hoy, otra vez, termino con un poema y probablemente me vuelvo a pasar de los 10 minutos.Â Â Es la descripciÃ³n de esta misma escena. Pero con eso que tienen los poemas: en poco dicen mucho.

Y este, con un lenguaje que es hasta cÃ³smico, me encanta:

â??No recuerda cuÃ¡ntos aÃ±os lleva ciego

hace siglos que Bartimeo es un morador de la oscuridad

y a la orilla del dÃa pide limosna a los hijos del sol

Bartimeo no tiene vista pero el cÃ©lebre oÃdo de la medianoche

ah con ese oÃdo puede escuchar las voces del otro mundo

por eso oye a JesÃºs venir por el dÃa eterno de las antÃpodas

y asomado a la orilla grita con la lejanÃa cÃ©lebre de los ciegos

JesÃºs hijo del Sol ten compasiÃ³n de mÃ

cÃ¡llate hombre le increpan desde la luz del dÃa de JericÃ³

pero Ã©l grita y mÃ¡s grita con la voz cÃ©lebre del sufrimiento

JesÃºs se detiene en mitad del dÃa y le manda llamar

y ese pobre hijo de la noche que vive de pura fe

va corriendo a quemar sus pÃ¡rpados en el mismo Sol

el manto se le cae como una piel superada ya

como un plumaje que pertenece a la antigua noche

quÃ© quieres que haga contigo pregunta la luz eterna

haz que vea SeÃ±or haz que yo vea contesta el mundo

anda ve tu fe te ha salvado ordena el hijo del Sol

hÃ¡gase la luz del universo segÃºn has creÃdo en ella

hÃ¡gase la noche estrellada segÃºn has creÃdo en mÃ

y el pobre Bartimeo, abre sus pÃ¡rpados y contempla

no las verdes colinas no el cielo estrellado azul

sino el rostro mÃ¡s luminoso de la creaciÃ³n

ya habrÃ¡ tiempo de curiosear por el resto del universo

por ahora Bartimeo tiene para siglos de contemplaciÃ³n

con la Faz que de pronto le ha sonreÃdo

ser el primer mendigo de la Belleza eterna

con mirar a travÃ©s de las lÃ¡grimas del amor de Dios

el cÃ©lebre fulgor de los mil soles

del rostro de JesÃºs de Nazaretâ??

(Libro de la PasiÃ³n, JosÃ© Miguel IbÃ¡Ã±ez Langlois).

Â¡Madre mÃa, yo tambiÃ©n quiero ver su rostro!